



TÉ DE MARIHUANA

Por Claire Corbin

La del pasado 16 de abril se presentaba como una mañana tranquila, calurosa, nada fuera de lo habitual. Yo iba a dedicarla a mi rutinaria clase de tonificación al aire libre en el parque de la Timba.

Ya estábamos en ello cuando notamos que una brisa inusual con olor a marihuana venía en nuestra dirección. Nuestras miradas se dirigieron a un hombre joven que fumaba despreocupadamente a poca distancia del espacio deportiva que ocupábamos nosotras.

Una de mis compañeras, Isabel, la mayor de todas, comentó en voz alta:

“¡Eh, joven! ¡Haz algo de provecho con tu vida y no le amargues la vida a tus padres!”.

El muchacho ni se inmutó. Apuró su pitillo con calma, se levantó de su rincón y, según se retiraba, cruzó el parque con paso vacilante. Al llegar a nuestra altura, nos saludó levantando los pulgares. No lo hizo para dar entender que estaba de acuerdo con el comentario de Isabel, sino más bien con algo de chulería. Nosotras, las viejas pesadas, le dedicamos un aplauso para cerrar el pequeño incidente con buen pie. Yo di por supuesto que el chaval elegiría a partir de aquel momento un lugar algo menos comprometido donde fumar sus pitillos de marihuana, pero vete a saber qué intenciones tendría él.

La anécdota me trajo a la mente cómo traté en su día, por primera y única vez, la curiosidad que mi hija sentía por las drogas blandas. Siempre he creído que las prohibiciones, sin más, suelen ser a esa edad una estrategia contraproducente. Así que, cuando Laura me comentó que había plantado en casa unas semillas de marihuana, preferí dejarme llevar por la intuición, aceptarlo sin aspavientos y dejar que fuese ella quien sacase sus propias conclusiones.

Yo también participé del experimento. En pocas semanas, vimos cómo crecía la frondosa planta con sus hermosas hojas. Un buen día, empezaron a brotar numerosos cogollos. Laura entusiasmada, me dijo:

- Mamá, ¿qué te parece si hacemos un té de marihuana con leche vegetal? ¡Eso te irá bien para las migrañas! Si quieres, yo te lo preparo.

Por supuesto, accedí. Mi hija me preparó de manera muy cuidadosa un rico té de marihuana. Eso sí, una vez servido, ella prefirió no probarlo. Ahí me di cuenta de que mi papel en el experimento había cambiado: de observadora pasiva estaba pasando a sujeto observado.

Al día siguiente, ella se fue a trabajar y yo me levanté otra vez con la dichosa migraña. Así que decidí repetir la experiencia y relajarme con una nueva infusión de marihuana, que parecía ser una buena alternativa a los analgésicos. Pero ahí me di cuenta de que no me había fijado bien en cómo lo había hecho Laura.



La dosis debió ser mucho más alta que la del día anterior, porque apenas me tomé el té empecé a notar un extraño mareo, como si estuviese montada en un tiovivo sin frenos.

“¿Cuándo dejará mi cabeza de dar vueltas?”, me pregunté con una cierta angustia. Estaba empezando a perder el equilibrio, así que decidí echarme un rato en la cama. Como el tiovivo seguía en marcha, tuve que resignarme a la idea de que no podía ir al trabajo en ese estado. Así que llamé a mi jefa para decirle que no me encontraba bien, que me había dado un mareo, pero yo misma me daba cuenta de que a duras penas controlaba mi tono de voz y que a ella debería estarle sonando francamente raro. ¡Ay, qué vergüenza!

Dos días mas tarde, la hermosa planta de marihuana había desaparecido. En el fondo de la basura encontré los cogollos que mi hija había recogido cuidadosamente. Al verlos, comprendí que Laura ya había sacado las conclusiones necesarias de nuestro experimento. Sonreí aliviada.

PD: Una semana después pasé de nuevo al parque de la Timba. Esta vez, no había clase de gimnasia. El espacio lo ocupaban tres coches aparcados con gente joven dentro de ellos. No parecía un ambiente muy recomendable. Me alejé de allí con un poco de aprensión, sin poder evitar imaginarme que uno de aquellos muchachos me ofrecía un rico té de marihuana y yo le contestaba sin dudarle: “No, muchas gracias”.